

LO CONOCIDO POR CONOCER

Película documental de

Manuel Broullón

con guión de Fr Ángel Fariña OP

Quien ya haya visto *Grado Cero*, cortometraje documental de 17 minutos de duración sobre un novicio dominico, en el que se basa esta película, y que tan merecidamente obtuvo la Mención Especial del Jurado en el Festival Internacional de Cine Universitario de Granada, ya estará acostumbrado al núcleo argumental del guión de Fr Ángel Fariña y a la peculiar poética cinematográfica de Manuel Broullón.

Insólitos encuadres, iluminaciones sorprendentes, sintaxis visual y auditiva con capacidad para interpelarnos y extrañarnos, gestión de los tiempos según dinámicas ajenas a esta sociedad del vértigo y la aceleración, sitúan al espectador ante un flujo audiovisual en el que lo narrativo, lo ensayístico y lo poético se funden. Contemplación y conversación, silencio y música, reposo y movimiento, forman parte de una trama en la que lo mostrativo, lo ostensivo, sustituye a lo demostrativo, a lo argumentativo. La fuerza de las imágenes y de los sonidos nos interpela y descoloca nuestros propios horizontes de expectativas, nuestros horizontes precomprensivos, obligándonos (en el sentido literal de “ligándonos” con lo que está ahí delante, “ob”) solo a mirar y, en su caso, admirar. Todo ello al servicio de un film testimonial y confesional, un film en el que los actores interpretan el papel más difícil que pueda interpretarse: a ellos mismos. Y lo hacen con veracidad y autenticidad.

Manuel Broullón reúne en grado de excelencia tres dimensiones verdaderamente extrañas en el ámbito audiovisual: por un lado (y para mí es lo más importante) un instinto creativo, una voluntad de escritura y una intuición para poner los nuevos medios, procesos y tecnologías audiovisuales al servicio de nuevas posibilidades expresivas; en segundo lugar, una inteligencia y capacidad teórica infrecuentes, y ello le otorga una viva autoconciencia de lo que hace, que potencia el tercer rasgo que marca su singularidad: un conocimiento fuera de lo común de la historia del arte, del pensamiento y de la comunicación audiovisual. Pero un conocimiento vivo, fecundo, que se convierte en un arsenal de ideas, de imágenes, de sonidos, con los que dialogar y entrar en complejas relaciones intertextuales y transdiscursivas.

Con plena autoconciencia de su proyecto, junto a Ángel Fariña, afirma en el making off de esta película documental, “Lo conocido por conocer”, que lo que vemos

es siempre la punta de un iceberg; que el producto audiovisual que contemplamos, cerrado en última instancia por un proceso de sonorización y montaje, ha dejado en el proceso de grabación otras dimensiones que, con todo, son de algún modo implícitamente perceptibles.

Así, frente a esa voluntad de escritura en un cortometraje en el que apenas había un guión, aquí nos encontramos con un complejo proceso de depuración, decantación y elaboración conjunta, para dar lugar a un film que se sitúa en la estela de la Poética del esbozo de Philippe Garrell, de los ensayos poéticos de José Luis Guerin, como “En la ciudad de Silvia”, y al que no faltan relaciones con el gran cineasta Abbas Kiarostami, con el que ha trabajado Manuel, como una lograda escena de diálogo entre Ángel y Dimitri en el coche.

Una de las claves de este doble proceso de escritura y depuración es la búsqueda de las *formas cinematográficas en vivo*: sorprender con la cámara momentos, situaciones, dinámicas, de las que irá emergiendo el personaje, que podrán proporcionar claves pistas, orientaciones constructivas no previstas anterior ni deliberadamente. Así ocurre, por ejemplo, con el juego de silencio y temporalidad en el cuarto del protagonista, al captar la cámara el pequeño reloj cuyo latido finalmente termina amplificándose a modo de un metrónomo que escande los silencios de la sinfonía cotidiana.

Al final queda un mensaje que excede los comentarios y las glosas, y que emerge del proyecto significativo de Fariña: vale la pena ser dominico en el siglo XXI, porque vale la pena predicar la gracia, el regalo de la buena noticia de Jesús, vivida desde el estilo comunitario de Domingo de Guzmán, basado en el estudio, la reflexión y la meditación, la predicación, la oración y el silencio, la vida compartida dentro y fuera de la comunidad. Y todo ello sin falsas alternativas: hay que estar en el mundo, abiertos al mundo (aunque no se sea del mundo, aunque no se compartan sus disvalores y su perversa orientación hacia el “tener”, a la que se contrapone una clara orientación hacia el “ser”, desde el principio de alteridad).

En los 70 minutos de la película documental, asistimos a una muy acertada técnica del contrapunto audiovisual: la oposición entre espacios y tiempos interiores y exteriores, entre el día y la noche, entre la actividad y la inmovilidad en la que se acoge la meditación y el silencio...

Y hay elementos recurrentes, ejes isotópicos que puntúan el relato audiovisual: el sonido de las campanas, que aquí exceden esa función tan occidental de marcar los

tiempos, porque también nos devuelven al instante presente, a la plenitud del ser aquí y ahora, en esa hermosa función de las campanas tibetanas.

Cielo y mar se convierten, por razones diegéticas (el protagonista es de Canarias y vive en Sevilla, y mar y cielo van pautando su propia aventura personal) en poderosos símbolos, aunque al final asistimos al triunfo del mar que todo lo funde, que todo lo integra, que todo lo arrastra hacia la Unidad que intuimos en diversos momentos del flujo audiovisual.

Poética de lo visible y de lo que excede lo inteligible, intento de captación de esa “realidad invisible” que la cámara a la vez revela y vela, es también Poética musical de acordes y de silencios. Por ello, desde una elaboración muy próxima a la idea de táctil-visión del cineasta experimental granadino José de Valdelomar, las texturas nos inquietan, nos acarician, nos interpelan.

Poética material, es también una poética de la trascendencia de lo material. O, dicho con la feliz idea de Leonardo Boff (de quien por cierto vemos uno de sus libros en la película), es poética cinematográfica en la que *inmanencia* y *trascendencia* no se contraponen, sino que se complementan e integran y se resuelven en transparencia: en cada recodo del film, para quien sabe verlo y oírlo, aparece, trans-parece algo que se nos escapa inscrito en la materia.

Sin lugar a dudas, esta primera película de Manuel Broullón, que desarrolla huellas de escritura y rasgos estilísticos que estaban presentes en sus primeros cortos, es obra ya madura. Y aunque el tanteo y lo experimental son dinámicas intrínsecamente constitutivas de su poética cinematográfica, nos regalan aquí frutos muy logrados, para un modo nuevo de hacer cine en el siglo XXI.

José Manuel Vázquez Medel